

E. Przywara, *Cuatro estudios sobre san Ignacio* - presentación

José Luis Narvaja sj

0. La primera exposición de esta tarde tiene como objeto presentar la persona de Erich Przywara y su pensamiento; y decir algunas palabras sobre la obra que hoy ponemos en sus manos.

La primera pregunta sería: ¿Quién es este alemán de apellido polaco que viene a hablarnos de san Ignacio?

Seguirán luego otras preguntas sobre el sentido que puede tener traducir hoy esta obra tanto para los jesuitas como para quienes comparten nuestra espiritualidad. Voy a dejar a los otros expositores contestar estas últimas preguntas.

Yo me voy a dedicar a la primera: ¿Quién es Erich Przywara?

1. Al comienzo de su libro “En y Contra” dice Przywara:

“Si un hombre sólo puede ser entendido correctamente a partir de la ‘tierra’, debo hablar de la ciudad en la que nació el 12 de octubre de 1889.”

Es decir, Kattowitz, en la Alta Silesia. Es la tierra donde limitan tres imperios: el imperioso, el alemán y el austríaco. Es la tierra donde la minería y la industria confinan con “bosques infinitos llenos de canciones”. Es tierra católica, donde sin embargo, la clase culta está formada por protestantes y la clase mercantil por judíos. Es propiamente tierra–diáspora, donde se entrecruzan todas las tensiones; donde la unidad de esas tensiones está dada por la técnica y la industria, mientras que en el subsuelo permanece el caos.

En esta Alta Silesia nació Erich Przywara. Su padre, de origen polaco, cuya familia se había desarrollado – como dice Przywara – de manera “racionalmente progresiva” a partir de un estado obrero hasta alcanzar un puesto de conducción, es decir una familia occidentalizada;

Mientras que su madre de origen alemán, “acentuadamente regresiva” desde la cultura urbana alemana hacia una cultura rural bohemia y por último oriental. Estas son las “tensiones en la sangre” que se suman a las “tensiones de la tierra” que mencionamos arriba.

Decisivo en esta doble tensión de su herencia, es la experiencia musical de Przywara en su niñez y su primera juventud: la polifonía de Palestrina, Bach y Liszt entre otros van a dejar una huella en su pensamiento:

“Esta ‘música como forma’ – dice Przywara – es la auténtica tierra natal de lo que posteriormente denominaría ‘polaridad’, ‘unidad de las tensiones’ y ‘analogía’.”

Así como para los pitagóricos el universo resuena con un “ritmo musical” y para Platón Dios es “la medida de todas las realidades y de toda acción”, esta “polaridad” y estas “tensiones” se resuelven en la unidad musical de la analogía bajo la forma de la “medida” y el “ritmo”. Esta forma musical es la roca firme en la que está anclado el pensamiento de Przywara a la manera de las “fugas de Bach”: cada tema aparece en la forma de un diálogo contrapuntístico de esos elementos tensionados y polares, señalando, con todo, la unidad de las respuestas según las distintas tonalidades musicales.

Porque nuestro autor ha sido capaz de descubrir ese tema común en las oposiciones, esa unidad de las tensiones que conforman el camino del pensamiento, en el concierto de la historia del pensamiento.

2. Es tensión que se manifiesta fundamentalmente en la relación de la creatura con Dios, y esto en sus distintas vertientes: el problema de la gracia y la naturaleza, el problema de la predestinación y la libertad, el problema de lo subjetivo y lo objetivo, que a lo largo de la historia, tanto en la forma de la identidad con Dios, es decir de un renovado y constante “querer ser como

Dios” como también en la “distancia de la indiferencia”, es decir el no querer tener nada que ver con este Dios, desemboca en el sentido “trágico” de la existencia y en la “tragedia” misma.

Es lo que Przywara nos hace ver en el primer estudio del volumen que presentamos (el teologúmeno español):

Echando una mirada desde el mundo alemán, descubre en la España del s. XVI una manera distinta de “no solucionar” el problema, dicho en términos musicales: el acorde rasgado que significa este problema, se convierte, en el mundo alemán en el grito desgarrado del idealismo del hombre que pretende ocupar el lugar del Infinito; mientras que, en el mundo español, se vuelve llama teológica, a la manera de los cuadros del Greco, pues todo un pueblo reconoce que en la historia del hombre Dios tiene siempre la última palabra.

La solución queda clara en la analogía de la noche y del amor, un amor que no empieza con la unión sino con el distanciamiento, o mejor dicho la distancia reverencial del servicio, que Przywara encuentra expresada, por un lado, en la oración de san Agustín:

“Tú, más íntimo que lo más íntimo de mi ser, has grabado interiormente en mi corazón tu ley por medio de tu Espíritu como con un dedo, para que no la tema como un siervo sin amor, sino la escoja en casto temor, amándola como un hijo, y la tema en la casta elección del amor.” (Enarr. 118, 22, 6)

Y a lo que responde san Ignacio con las palabras de la Contemplación para alcanzar amor, en la que aparece la tensión entre “amor” y “servicio”, en el movimiento objetivo del “buscar y hallar lo que más me conduce” hacia Aquel que es el Dios siempre más grande.

Es la actitud fundamental que aparece en el “Ícono de Ignacio”, el segundo estudio de nuestro volumen: Ignacio es, en su ser más íntimo... padre aparentemente mayestático, que en realidad manifiesta la ternura de una madre. Pero lo es como servicio... en la rapidez de lo transitorio, que viene y va, olvidándose a sí mismo y olvidado por los otros.

Y es también el espíritu que Ignacio quiso para la Compañía, según nos muestra Przywara en el tercer estudio: total receptividad, total escucha y total disponibilidad, total donación y entrega y total olvido y desaparición en el único “Dios en todas las cosas”... y en la única y verdadera Compañía de Jesús que es la Iglesia... porque de esta manera “reverencia y servicio” corresponden a la alabanza, servicio y gloria de la Divina Majestad.

3. Przywara tiene fama, una fama ganada ciertamente con esfuerzo, de ser un autor difícil. El P. Quiles, Profesor y Rector de esta casa, decía que percibía el pensamiento de Przywara como un oscuro día de tormenta en el que cada tanto se nos regala la luz de un relámpago.

Dicho con otras palabras, vale para su pensamiento lo que Alessandro Baricco dice de las “Pasiones” de Bach:

... de lo que uno no puede escaparse, es del ritmo.

Son narración y oración.

Pero ante todo son una liturgia de los tiempos.

El tiempo veloz, desencarnado, cortante de la narración,
y el tiempo infinito de la oración.

Nos lleva como por un sendero, un sendero en el bosque
y de repente se detiene.

Y lo que viene después es como un “claro”...

geometría pura,

arquitectura perfecta,

espacio que no termina,

horizonte sin límites,
es perspectiva hasta donde se pierde la mirada.
El tiempo detenido.
Sendero, y después claro; sendero y después, claro.

Y este es el ritmo de la “fuga” que construye Przywara descubriendo las tensiones (esas aparentes contradicciones) y la complementariedad y unidad de estas tensiones.

Senderos y claros.
El último claro ... el más hermoso. El que está al fin de todo el sendero. ...
por una parte querría cantar la justa alegría del hombre redimido,
la gratitud del fiel salvado.
Pero en medio está aquella historia del hombre sobre la cruz,
y Pilatos que pregunta por la verdad,
y el discípulo amado,
y Mujer este es tu hijo,
Esta es tu madre,
y Pedro que traiciona,
en definitiva ahí esta toda esa historia que es historia de hombres,
de dioses huérfanos,
de dolor terreno,
y conmoción humana.

porque después de la última abstracción ya sólo queda el tiempo y en el tiempo, medida y ritmo, es decir música. Es la música del hombre que sabe que no es Infinito, pero a la vez se sabe asumido por el Infinito y en la cruz de esa Pasión está el último y definitivo lugar de la analogía, donde Dios se hace Dios trágico, para asumir toda tragedia humana. Es la cruz ante la cual el hombre descubre

un lugar del alma que casi no existía
y junto,
una música que es dolor que se desliza,
y que por cansancio se rinde,
tristeza que se rinde,
e inclina la cabeza con dulzura,
capitula lentamente, y se vuelve alegría,
antes era dolor, y ahora ya no lo es.

4. Gertrud von le Fort le preguntó a Przywara si se veía más como filósofo o como poeta.
A esta pregunta a quemarropa – nos dice Przywara – respondió que escribía bajo el primado del poeta.
Eso es lo que les entregamos hoy.
Hoy ponemos en sus manos la filosofía de un poeta.